

Rodrigo Rubio nace en Los Montalvos (Albacete) en 1931. Tiene los premios de novela Gabriel Miró 1961, Planeta 1965, Alvarez Quintero 1970, y Novelas y Cuentos 1976. Sus libros han sido traducidos al alemán, búlgaro y checo. Sus obras principales son *Un mundo a cuestas*, *Equipaje de amor para la tierra*, *La espera*, *La sotana*, *Cuarteto de máscaras* y *La silla de oro*.



ALBACETE, AYER Y HOY

Para nosotros, los chiquillos, Albacete, la capital de la provincia, era, sobre todo, la visita anual a su feria de septiembre. Pero también era los comercios, y los bufetes de abogados, notarios y procuradores. Y era, asimismo, y por desgracia, la clínica del médico especialista donde reconocían al padre enfermo, a la madre a la que tenían que operar o al chiquillo que, jugando, se había roto un brazo.

Albacete era todo aquello, y los amigos que venían a nuestra casa del pueblo para merender el jamón y el queso y beberse el vinillo blanco, tan rico. Esos amigos de nuestros padres eran, a veces, los mismos comerciantes, o los abogados, o los médicos, que tan amablemente nos atendían en la ciudad. Llegaban a Montalvos en sus viejos automóviles que olían a gasolina, grasa y cuero. Hombres eufóricos, que cantaban, luego de beber, que recitaban poesías, que les gustaba escuchar los brindis ocurrentes de mi padre.

Albacete era también el viaje en carro, lento, pero a la vez hermoso. Salir de madrugada, todavía con estrellas, para llegar a La Gineta antes de que saliera el sol. Luego, al cruzar el paso a nivel, sacar el almuerzo, las alforjas y allí, sobre el carro, tomarse la tortilla y los chorizos, todo regado con el vino de la bota. Pasaban los trenes paralelos a la carretera. Aquello pertenecía a otros mundos. Gentes que nos miraban desde las ventanillas, gentes que venían de alguna parte y se marchaban a otro lugar. Nosotros seguíamos nuestro camino, la mulilla torda tirando del carro. Camiones viejos, camiones de entonces, y escasos automóviles. Bajar al fin la cuesta de la Zorrilla y ver la neblina mañanera sobre el caserío de la ciudad, a la derecha la alta silueta del depósito del agua, en la

Fiesta del Arbol, y más allá, hacia el centro, el torreón achatado de la iglesia de San Juan.

Albacete era todo eso: entrar lentamente en la ciudad, buscar la posada de costumbre y luego dedicarse a las compras, las visitas, las gestiones. Albacete, además, era la tentación de los jóvenes, por lo que suponía, debido al temblorcillo erótico, el Alto de la Villa.

Ahora todo es distinto, y no me cabe duda que mucho mejor. Pero en nuestro Albacete de ayer, tan rural, con olor a fábricas de harina, a madera aserrada, había parte de aquel universo que nos rodeaba. Para nosotros, la posible grandeza de otros mundos no existía, de ahí que lo que nos rozaba cotidianamente formara parte de un universo: el nuestro. Universo acotado, si se quiere. Universo, no obstante, de campos infinitos, de paisajes transparentes, de besanas con surcos interminables. Universo de mieses, de vendimias, de bodegas y trojes repletos de cereal. Y aquellos camiones que venían para llevarse nuestras cosechas de las eras o de las tinajas. Mundo nuestro, apretado, silencioso, armónico, con la ciudad/capital algo más allá, como meta próxima y quizás la única que quedaba a nuestro alcance.

Todo tendría que transformarse, y ahora la vida ha cambiado. Cambió la vida de la capital porque, poco a poco, fue cambiando la de su entorno. En el campo ya no hay mulas, ni carros, ni mozos con abarcas de zarrías, y sí, por el contrario, tractores, automóviles y hombres que visten como mecánicos. Todo es distinto. La ciudad cambió sus viejas posadas —tan repletas de tratantes de ganado— por los nuevos hoteles donde es fácil ver al hombre de negocios graduado en Marketing. La ciudad,

por otra parte, fue perdiendo sus antiguas tabernas para poblarse de cafeterías, whiskerías, pub y bares bien instalados. Perdió asimismo sus entrañables fondas —donde pernoctaba el viajante de Sabadell y el aldeano rico de Villarrobledo—, para ganar formidables restaurantes donde, a Dios gracias —al menos en algunos—, se le rinde culto a la antigua cocina casera, o de fonda y mesón.

Albacete era una ciudad/capital con su Audiencia Territorial, con sus Bancos, su Diputación, su Ayuntamiento, el Altozano, sus bufetes de abogados, sus cines —el Capitol y el entrañable Teatro Circo—, sus comercios —El Siglo de Albacete, Blanco y Negro, El Arco Iris, etc—. Era la ciudad pequeña donde vivían muchos de nuestros amigos, «gentes de oficio», a las que, desde el solar de labradores —humilde y honrado— se les respetaba y admiraba. Ahora todo ha evolucionado. Ahora Albacete es una ciudad que se estira y se eleva, con sus altos edificios, sus calles bien asfaltadas, el viejo parque —bien cuidado— y los parques nuevos, con sus ferias de siempre, con su polígono industrial de Campollano, aunque quizás cojea por cuanto que, todavía, no tiene —siquiera sea en parte— la Universidad de Castilla-La Mancha. Es una ciudad que, desde su pasado, tan repleto de ruralismo, se proyecta, sin lugar a dudas, hacia un futuro mejor. Pero bueno sería que, cara a ese futuro, supiera conservar esencias que le dieron sabor y carácter.

Que huela un poco a trigo molino, a madera cepillada, y a trenes que pasan, diciéndonos adiós, hacia otros mundos diferentes, aunque no lejanos ■.

RODRIGO RUBIO